

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA ENCÍCLICA *EVANGELIUM VITÆ*

GERALDO MORUJÁO

1. INTRODUCCIÓN: LA ESCRITURA COMO PALABRA DE VIDA. JUSTIFICACIÓN DEL TÍTULO DEL DOCUMENTO PONTIFICIO SOBRE EL VALOR Y LA INVIOLABILIDAD DE LA VIDA HUMANA. EL CONCEPTO DE VIDA

El título de la Encíclica –*Evangelio de la Vida*– no corresponde a una expresión literal contenida en la Sagrada Escritura, pero «traduce un aspecto esencial del mensaje bíblico»¹. «El *Evangelio de la vida* es una realidad concreta y personal, porque consiste en el anuncio de la *misma persona de Jesús*»².

En los Libros Santos el tema de la vida está presente por todos los sitios, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, apareciendo la palabra «vida» y sus derivados unas 1.500 veces, con diversos significados. «Vida» es un concepto clave del *Evangelio de la salvación*³, de tal manera que la salvación implica vida, una vida que no muere; vida que constituye el núcleo central de la misión de Jesús, según sus palabras en Jn 10,10: «Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia». Esta vida de que Jesús aquí nos habla no es la vida física, terrena (βίος o ψυχή), es «la vida eterna», sobrenatural, correspondiente a la «vida en Cristo», a la «vida en el Espíritu» (ζωή), a la vida que consiste en la comunión con Dios.

Y, como dice la encíclica, «es precisamente en esa “vida” donde encuentran pleno significado todos los aspectos y momentos de la

1. *Evangelium vitæ*, n. 1. Cfr. n. 80: «Jesús es el único Evangelio: no tenemos otra cosa que decir y testimoniar. Precisamente el anuncio de Jesús es anuncio de la vida. En efecto, Él es “la Palabra de vida” (1 Jn 1,1). En Él “la vida se manifestó” (1 Jn 1,2); más aún, él mismo es “la vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó” (*ibid.*). Esta misma vida, gracias al don del Espíritu, ha sido comunicada al hombre. La vida terrena de cada uno, ordenada a la vida en plenitud, a la “vida eterna”, adquiere también pleno sentido».

2. *Ibid.*, n. 29.

3. Cfr. Mc 16,15-16; Rm 1,16; 1; 1 Co 15,1-2.

vida del hombre»⁴. De hecho, tanto la vida corporal como la vida espiritual, la vida cultural como la vida social, esto es, toda la vida humana en sus diversos aspectos y circunstancias, encuentran su plenitud de sentido, cuando han sido redimidas e iluminadas por Cristo, que es la misma «Palabra de Vida»⁵: «en él estaba la vida... y la vida era la luz de los hombres»⁶. La encíclica enfoca la vida humana, en toda su verdad, no como un simple objeto biológico, sino en una perspectiva totalizante de la persona humana, de su dignidad. Esta dignidad aparece en todo su esplendor al ser iluminada por la Palabra de Dios, que pone de relieve, por un lado, la vida como «don de Dios», y por otro, el ser humano como «imagen de Dios», un ser creado para, conscientemente, dar gloria a Dios; es por esta razón por lo que San Pablo puede decir: «pues ninguno de nosotros vive para sí mismo... pues si vivimos, vivimos para el Señor»⁷.

Aunque la recepción de la encíclica por parte de los *mass media* se haya fijado en los aspectos más sensacionalistas, como en el rechazo absoluto del aborto y de la eutanasia, la encíclica tiene un tono positivo, de acuerdo con su subtítulo «el valor y la inviolabilidad de la vida humana». Es cierto que el documento, en el capítulo I, empieza llamando la atención sobre las actuales amenazas a la vida humana, sin embargo dedica todo el capítulo II a presentar, de una forma bien desarrollada el mensaje cristiano sobre la vida, que «es siempre un bien»⁸.

Todo este capítulo II es un himno a la vida, entonado de manos de textos bíblicos, un himno bien centrado en la persona de Jesucristo, «Camino, Verdad y Vida»⁹. Los textos joánicos aquí citados desde el inicio muestran como «en Jesús, “Palabra de vida”, se anuncia y comunica la vida divina y eterna. Gracias a este anuncio y a este don, la vida física y espiritual del hombre, incluida su etapa terrena, encuentra plenitud de valor y significado: en efecto, la vida divina y eterna es el fin al que está orientado y llamado el hombre que vive en este mundo»¹⁰. Todos los aspectos de la vida humana, desde la concepción hasta la muerte, son afrontados a la luz de la Palabra de Dios y de la vida de Jesús, que «alcanza en la Cruz la plenitud del amor: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13). Y El murió por nosotros siendo todavía nosotros pecadores (cfr. Rm

4. *Evangelium vitae*, n. 1.

5. 1 Jn 1,1.

6. Jn 1,4. Así Pedro, frente a la desbandada de las muchedumbres, exclama: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

7. Rm 14,7-8.

8. *Evangelium vitae*, n. 30.

9. Jn 14,6.

10. *Evangelium vitae*, n. 30.

5,8). De este modo proclama que la vida encuentra su centro, su sentido y su plenitud cuando se entrega»¹¹.

2. FUNDAMENTACIÓN DE LA DOCTRINA DE LA ENCÍCLICA *EVANGELIUM VITÆ* EN LA PALABRA DE DIOS

a) *Su justificación*

El valor y la inviolabilidad de la vida humana expuestos en la encíclica no son un bien solamente asequible a personas que tienen el privilegio de tener acceso a una determinada fe religiosa, como la fe católica, pues se trata de un bien que tiene un sólido fundamento en aquella ley no escrita, impresa en el corazón de todo ser humano¹². La doctrina de la encíclica corresponde al Derecho Natural, a la Ética Filosófica, en la que Karol Wojtyła es un notable perito, pero el documento no pretende ser una simple reflexión de naturaleza filosófica. Esto se debe no poco al hecho de que entonces éste quedaría perdido en el medio de la variedad de las fluctuantes corrientes éticas y filosóficas, imbuidas frecuentemente del relativismo más absoluto.

El documento pretende presentarse con toda la fuerza de la autoridad que Cristo ha conferido a Pedro y a sus sucesores, con la particularidad de haber sido escrito con la «colaboración del Episcopado de todos los países del mundo»¹³. Aunque esta autoridad del Magisterio no sea reconocida por los que están fuera de la Iglesia Católica, la encíclica no deja de dirigirse también «a todas las personas de buena voluntad, interesadas por el bien de cada hombre y mujer y por el destino de toda la sociedad»¹⁴. Muchas de estas personas reconocen, como es el caso de los hermanos separados, la autoridad divina de las Escrituras, y los hombres de buena voluntad también reconocen la autoridad moral de la Iglesia Católica, una autoridad muy superior a aquélla de las más reputadas instituciones humanas.

Salta a primera vista la abundancia de las citas de la Sagrada Escritura, que son cerca de medio millar; en efecto, son citados explícitamente 111 textos del Antiguo Testamento, algunos repetidas veces, para más de 30 remisiones de textos a confrontar. Del Nuevo Testamento tenemos la cita explícita de 126 textos diferentes, algunos citados repetidas veces, contando más 52 remisiones¹⁵. Sin embargo,

11. *Ibid.* n. 51.

12. Cfr. Rm 1,14-15.

13. *Evangelium vitæ*, n. 5.

14. *Ibid.*

15. El cómputo está sacado de la edición portuguesa de la encíclica: JOÃO PAULO II, *O Evangelho da Vida*, Rei dos Livros, Lisboa 1995, 191-193.

más allá de la singular abundancia de citas, lo más importante es verificar cómo el documento está estructurado a partir de la Palabra de Dios escrita. Muchas de las citas no son simplemente un pretexto o una confirmación de las enseñanzas, sino que constituyen el nervio del discurso, o un punto de partida, que fundamentan la doctrina expuesta.

Esta opción de sustentar y alimentar todo la enseñanza a favor de la vida humana con las Sagradas Escrituras no sólo corresponde a la perspectiva de la fe en la que la argumentación pretende moverse, sino que también facilita e ilustra de modo atrayente la misma lectura. Siendo la vida humana algo de sagrado e inviolable, no podría haber mejor opción que hablar de ella recurriendo al texto sagrado; en ambos casos estamos delante de un don de Dios, que hemos de acoger con agradecimiento, y respetar sin ceder a la tentación de manipularlo.

b) *El modelo seguido en la interpretación y lectura de la Sagrada Escritura*

La encíclica, estando delineada a partir de la Palabra de Dios escrita, no se detiene a hacer la exégesis de los textos bíblicos. Así, al presentar uno de los principales textos básicos, el del asesinato de Abel por Caín¹⁶, se distancia tanto de una lectura literalista o fundamentalista¹⁷, como de una exégesis histórico-crítica¹⁸. Por el contrario, se mueve en el ámbito de una lectura sensata y equilibrada del texto, «leído e interpretado con el mismo Espíritu con que fue escrito»¹⁹. En efecto, el Espíritu Santo, que inspiró esos textos, guía a la Iglesia para su más profunda comprensión, de modo que sean siempre actuales, proyectando luz sobre la vida y los problemas con que nos enfrentamos en cada momento de la Historia. Nos encontramos en la encíclica delante de una «actualización», en una línea de continuidad con la Tradición viva de la Iglesia y con la exégesis patrística.

Las enseñanzas de la encíclica, hechas a partir de los textos sagrados, no corresponden a una visión personal subjetiva que Juan Pablo II pueda tener de la Sagrada Escritura, sino que ellas van en la línea de

16. *Evangelium vitae*, n. 7: Gn 4,2-16.

17. Según ésta, Caín y Abel serían hijos del primer matrimonio humano que existió sobre la faz de la tierra.

18. Así, no se detiene, por ejemplo, en la discusión acerca de la comparación entre dos civilizaciones en choque: la nómada y pastoril (Abel) y la agrícola y sedentaria (Caín).

19. *Dei Verbum*, n. 12.

aquel servicio que compete al Magisterio de la Iglesia²⁰. Por otro lado, da gusto verificar que, incluso cuando el texto bíblico utilizado no se refiere explícitamente a los problemas abordados, «aun así, el testimonio de la Escritura comprendido en su vigoroso dinamismo de conjunto ayuda a definir una orientación fecunda»²¹. En el caso del aborto y de la eutanasia, en ninguna parte de la Sagrada Escritura se consideran estas tremendas realidades tal y como se nos presentan hoy día; sin embargo, en la Sagrada Escritura encontramos los principios de orden moral que ofrecen una orientación segura y clara para dar la respuesta adecuada a los problemas actuales.

Es frecuente que en la encíclica se haga una lectura de las situaciones reales con que hoy nos debatimos a la luz de la Palabra de Dios, sin la pretensión de atenerse al sentido inmediato del texto, cuyo sentido literal puede mirar a otra realidad.

3. ALGUNOS EJEMPLOS DE ACTUALIZACIÓN DE TEXTOS BÍBLICOS EN LA ENCÍCLICA

a) *El pasaje de Caín y Abel (Gn 4,2-16)*

Llama la atención la importancia que se da al texto del inocente Abel, víctima de Caín homicida, en Gn 4,2-16, clasificado como «una página emblemática..., una página que cada día se vuelve a escribir, sin tregua y con degradante repetición, en el libro de la historia de los pueblos, (...) página bíblica, que, a pesar de su carácter arcaico y de su extrema simplicidad, se presenta muy rica de enseñanzas»²². No hay constancia de que un documento del Magisterio haya prestado tanta atención a este texto del inicio del Génesis.

20. Cfr. *ibid.*, n. 10: «El encargo de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, escrita o contenida en la Tradición, fue confiado sólo al magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad es ejercida en nombre de Jesucristo. Este magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio...».

21. Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, III.D.3. «El Antiguo Testamento ya contiene los principios y los valores que mandan un actuar plenamente conforme a la dignidad de la persona humana, creada “a imagen de Dios” (Gn 1,27) ... El Nuevo Testamento pone esos principios y esos valores en gran evidencia, gracias a la revelación del amor de Dios en Cristo». La Pontificia Comisión Bíblica, en su asamblea plenaria anual de 19 a 23 de Abril de 2004, bajo la presidencia del cardenal Joseph Ratzinger, tiene como tema la relación entre la Biblia y la Moral. De hecho, la misma PCB está preparando un documento, que se espera que salga el año 2006. Cfr. Ph. BORDEYNE, *Bible et Morale*, Cerf, Paris 2003; G. SEGALLA, *Introduzione all’Etica Biblica del Nuovo Testamento*, Queriniana, Brescia 1989.

22. *Evangelium vita*, n. 7.

En efecto, en la lectura de la narrativa hecha por la encíclica se descubre una serie de aspectos de grande valor y de lecciones de gran actualidad. «A pesar de su carácter arcaico y de su extrema simplicidad, se presenta muy rica de enseñanzas», como puede verse:

- 1) El hombre no está predestinado al mal. Caín es libre frente al pecado. Lo puede y lo debe dominar: «*Si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar*» (Gn 4,7).
- 2) «*No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?*» (Gn 4,9). «*No sé*». Con la mentira, Caín trata de ocultar su delito. Así ha sucedido con frecuencia y sigue sucediendo cuando las ideologías más diversas sirven para justificar y encubrir los atentados más atroces contra la persona. «*¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?*»: Caín no quiere pensar en su hermano y rechaza asumir aquella responsabilidad que cada hombre tiene en relación con los demás. Esto hace pensar espontáneamente en las tendencias actuales de ausencia de responsabilidad del hombre hacia sus semejantes (...), incluso cuando están en juego valores fundamentales como la supervivencia, la libertad y la paz»²³.
- 3) *Dios no puede dejar impune el delito*: «Caín es maldecido por Dios y también por la tierra, que le negará sus frutos (cfr. Gn 4,11-12)... Caín será “vagabundo errante por la tierra” (Gn 4, 14): la inseguridad y la falta de estabilidad lo acompañarán siempre»²⁴.
- 4) *Ni siquiera el homicida pierde su dignidad personal y Dios mismo se hace su garante*: la señal con que es marcado no es para condenarle «a la execración de los demás hombres, sino protegerlo y defenderlo frente a quienes querrán matarlo para vengar así la muerte de Abel... Es justamente aquí donde se manifiesta el misterio paradójico de la justicia misericordiosa de Dios»²⁵.
- 5) La interpelación de Dios a Caín —«*Que has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo*» (Gn 4,10)—, que él no puede esquivar, considera el Papa que «se dirige también al hombre contemporáneo para que tome conciencia de la amplitud y gravedad de los atentados contra la vida, que siguen marcando la historia de la humanidad; para que busque las múltiples causas que los generan y alimentan; reflexione con extrema se-

23. *Ibid.*, n. 8.

24. *Ibid.*, n. 9.

25. *Ibid.*

riedad sobre las consecuencias que derivan de estos mismos atentados para la vida de las personas y de los pueblos»²⁶. Y éste es el punto de partida para que la encíclica apunte una larga y dolorosa serie de violaciones de la ley moral natural, abiertas o camufladas, que denuncian el «eclipse del valor de la vida», la llamada «cultura de muerte»²⁷.

- 6) La respuesta de Caín a la pregunta del Señor —«*Donde está Abel, tu hermano?: —No sé. Soy yo acaso el guardián de mi hermano?*» (Gn 4,9)— es leída como la expresión de un individualismo a reprobación, propio de «un *concepto de libertad* que exalta de modo absoluto al individuo, y no lo dispone a la solidaridad, a la plena acogida y al servicio del otro... Sí, cada hombre es “*guardián de su hermano*”, porque Dios confía el hombre al hombre. Y es también en vista de este encargo que Dios da a cada hombre la libertad, que posee una *esencial dimensión relacional*. Es un gran don del Creador, puesta al servicio de la persona y de su realización mediante el don de sí mismo y la acogida del otro. Sin embargo, cuando la libertad es absolutizada en clave individualista, se vacía de su contenido original y se contradice en su misma vocación y dignidad»²⁸. Y más adelante concreta: «Reivindicar el derecho al aborto, al infanticidio, a la eutanasia, y reconocerlo legalmente, significa atribuir a la libertad humana un *significado perverso e inicuo*: el de un *poder absoluto sobre los demás y contra los demás*. Pero ésta es la muerte de la verdadera libertad: “*En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo*” (Jn 8,34)»²⁹.
- 7) «*Tendré que ocultarme de ti...*» (Gn 4,14) es un texto de gran intensidad dramática, que es actualizado en la encíclica de manera que hace ver cómo expresa un drama de siempre, «el drama vivido por el hombre contemporáneo: *el eclipse del sentido de Dios y del hombre*, característico del contexto social y cultural dominado por el secularismo. Quien se deja contagiar por

26. *Ibid.*, n. 10; cfr. n. 18. Más adelante, en el n. 40, se hace una actualización más: «La pregunta “¿*Qué has hecho?*” (Gn 4, 10), con la que Dios se dirige a Caín después de que éste hubiera matado a su hermano Abel, presenta la experiencia de cada hombre: en lo profundo de su conciencia siempre es llamado a respetar el carácter inviolable de su vida y la de los demás, que siguen registrándose en la historia de la humanidad, para que vaya en busca de las múltiples causas que los engendran y alimentan y, finalmente, para que reflexione con extrema seriedad sobre las consecuencias que derivan de esos mismos atentados para la existencia de las personas y de los pueblos».

27. *Ibid.*, nn. 10-17.

28. *Ibid.*, n. 19.

29. *Ibid.*, n. 20.

esta atmósfera, entra fácilmente en el torbellino de un terrible círculo vicioso: *perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre*, de su dignidad y de su vida. A su vez, la violación sistemática de la ley moral, especialmente en el grave campo del respeto de la vida humana y su dignidad, produce una especie de progresiva ofuscación de la capacidad de percibir la presencia vivificante y salvadora de Dios»³⁰.

- 8) «*Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo*» (Gn 4,10). Y la encíclica sigue la línea de la dicha actualización: «No es sólo la sangre de Abel, el primer inocente asesinado, que clama a Dios, fuente y defensor de la vida. También la sangre de todo hombre asesinado después de Abel es un clamor que se eleva al Señor». Mas el pensamiento va inmediatamente para la contrapartida de la misericordia divina, la única salida para la trágica situación de pecado, con el recurso a un lugar bíblico paralelo: «De una forma absolutamente única, clama a Dios *la sangre de Cristo*, de quien Abel en su inocencia es figura profética, como nos recuerda el autor de la Carta a los hebreos: “*Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo... al mediador de una Nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel*” (Hb 12,22.24)»³¹.

b) *La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26)*

En la encíclica se cita otro texto fundamental, que Juan Paulo II tiene explorado en su ministerio pastoral, como una llave maestra de la antropología teológica: Gn 1,26, texto que fundamenta el carácter sagrado de la vida humana, en cuanto participación de la misma vida de Dios:

«La vida que Dios da al hombre es original y diversa de la de las demás criaturas vivientes, ya que el hombre, aunque proveniente del polvo de la tierra (cfr. Gn 2,7; 3,19; Jb 34,15; Sal 103/102,14; 104/103,29), es manifestación de Dios en el mundo, signo de su presencia, resplandor de su gloria (cfr. Gn 1,26-27; Sal 8,6). (...) En el relato bíblico, la distinción entre el hombre y las demás criaturas se manifiesta sobre todo en el hecho de que sólo su creación se presenta como fruto de una especial decisión por parte de Dios, de una deliberación que establece un *vínculo particular y específico con el Creador*: “*Hagamos al ser humano a*

30. *Ibid.*, n. 21.

31. *Ibid.*, n. 25.

nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gn 1, 26). La vida que Dios ofrece al hombre *es un don con el que Dios comparte algo de sí mismo con la criatura*³². «Dios se proclama Señor absoluto de la vida del hombre, creado a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1, 26-28). Por tanto, la vida humana tiene un carácter sagrado e inviolable, en el que se refleja la inviolabilidad misma del Creador»³³.

«El texto bíblico se preocupa de subrayar cómo la sacralidad de la vida tiene su fundamento en Dios y en su acción creadora: “*Porque a imagen de Dios hizo El al hombre*” (Gn 9,6)»³⁴. El homicidio, en todas sus formas es una violación del plano amoroso de Dios, que tiene además un carácter de sacrilegio, que no puede quedar impune: «*Al hombre pediré cuentas de la vida del hombre, su hermano*» (Gn 9,5).

De este modo, la inviolabilidad de la vida humana aparece no como fruto de una voluntad caprichosa de un dios tirano, sino como consecuencia lógica de la misma estructura del ser humano, como algo intrínseco a su ser, un ser que en su esencia es dádiva amorosa, fruto del plan eterno del Creador. Así el respeto absoluto a la vida humana aparece como el respeto y la reverencia debida al proyecto de Dios. Y, al revés, violar la vida humana equivale a violar el mismo Dios, un sacrilegio que no puede quedar impune.

c) «*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*» (Hch 5,29)

La célebre respuesta de los Apóstoles a las imposiciones de la autoridad judaica, que les prohibía anunciar la fe en Jesús –«*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*» (Hch 5,29)– es aplicada a la situación actual que intenta legitimar jurídicamente los actuales atentados contra la vida humana:

«Así pues, el aborto y la eutanasia son crímenes que ninguna ley humana puede pretender legitimar. Leyes de este tipo no sólo no crean ninguna obligación de conciencia, sino que, por el contrario, establecen una grave y precisa obligación de oponerse a ellas mediante la objeción de conciencia. Desde los orígenes de la Iglesia, la predicación apostólica inculcó a los cristianos el deber de obedecer a las autoridades públicas legítimamente constituidas (cfr. Rm 13,1-7; 1 P 2,13-14), pero al mismo tiempo enseñó firmemente que “*hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*” (Hch 5,29)»³⁵.

32. *Ibid.*, n. 34.

33. *Ibid.*, n. 53.

34. *Ibid.*, n. 39.

35. *Ibid.*, n. 73; cfr. n. 68.

d) *La expresión de Jesús «A mí me lo hicisteis» (Mt 25,40)*

El IV y último capítulo tiene un título evangélico: «*A mí me lo hicisteis*». La encíclica actualiza el texto bíblico aplicándole al hermano más necesitado, concretamente al más frágil, porque se encuentra en el vientre materno, o en peligro de muerte:

«En el servicio de la caridad, hay una actitud que debe animarnos y distinguirnos: hemos de hacernos cargo del otro como persona confiada por Dios a nuestra responsabilidad. Como discípulos de Jesús, estamos llamados a hacernos prójimos de cada hombre (cfr. Lc 10,29-37), teniendo una preferencia especial por quien es más pobre, está sólo y necesitado. Precisamente mediante la ayuda al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado, como también al niño aún no nacido, al anciano que sufre o cercano a la muerte, tenemos la posibilidad de servir a Jesús, como Él mismo dijo: “*Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*” (Mt 25,40)».

4. CONCLUSIÓN

La encíclica *Evangelium Vitae* se sitúa perfectamente en la misma línea del Concilio Vaticano II, que concede la máxima importancia a la Sagrada Escritura «*como fundamento perenne de la Sagrada Teología*»³⁶ y enseña que la Teología Moral debe ser «*más alimentada por la Sagrada Escritura*»³⁷. La encíclica lo hace de modo verdaderamente notable.

El recurso al texto sagrado hace la lectura más amena, más ilustrada y comprensible. Sin embargo, las citas singularmente abundantes de la Sagrada Escritura no aparecen como una confirmación de las enseñanzas pontificias. Al revés, la Escritura surge con toda su fuerza de Palabra de Dios como la fuente inspiradora de la doctrina expuesta y constituye el armazón de la misma encíclica.

La Escritura es leída en la línea de los Santos Padres, no como unos escritos del pasado, sino como Palabra de Dios siempre llena de actualidad y de vida para los creyentes, proyectando luz sobre los problemas actuales en lo que se refiere a la ética de la vida.

La base de las Escrituras ofrece además una visión positiva de los problemas morales, incluso cuando el Papa tiene que alzar la voz para condenar prácticas que se oponen a la absoluta inviolabilidad de la vida humana.

36. *Dei Verbum*, n. 24.

37. *Optatam Totius*, n. 16.